

El nuevo concepto del *espacio tiempo* y la ciudad

Juan Villamón

El espacio, el tiempo y las tecnologías de comunicación

Muchos filósofos reflexionan hoy sobre cómo el avance tecnológico ha transformado la sociedad. Si lo moderno se estableció en el mundo a través de las revoluciones social, industrial y económica, lo hizo sobre la base del culto a la razón, el progreso y la superación. Nietzsche, en *Gaya ciencia*, postula la muerte de dios y sostiene la idea del eterno retorno, afirmando que luego de la superación económica, aunque con una inevitable deshumanización, se abrirá un nuevo camino, sustentado en la ciencia y la técnica. El filósofo captaba cómo la humanidad y sus valores entraban en crisis, en tanto que la técnica se superponía al humanismo. Pero como toda novedad necesariamente envejece y es sustituida por una nueva, y esta a su vez es reemplazada por otra, y así sucesivamente, ahora los posmodernos –como los posmetafísicos–, niegan la objetividad y la certeza absoluta y sostienen que la realidad es “*resultado de la convergencia de la múltiples imágenes, interpretaciones que, compitiendo entre sí, distribuyen los medios*”¹.

Lyotard, desprendido de lo racional como símbolo universal, propone otra imagen, que corresponde a la sociedad de consumo. Y es que el hombre sacrifica su verdad e identidad para participar en una sociedad posmoderna, en la que triunfa el liberalismo sin sujeto. Asimismo, se puede advertir que el pensamiento comienza a fragmentarse, adecuándose a cada circunstancia. En consecuencia, es importante recalcar que el saber es y será consumido para ser valorado en una nueva producción y que ahora el saber se convierte en la principal fuerza de producción y a su vez en sinónimo de poder², y la llegada de los medios de comunicación masiva produce la disolución de las grandes narraciones.

En concordancia con ello, los mensajes que circulan, si son ricos en información, permitirán que la sociedad progrese. De este modo, se puede observar cómo el mundo se encuentra invadido cada vez más por la información impartida por los expertos, lo cual afecta en gran medida nuestro comportamiento³, convirtiéndonos a través de la técnica inevitablemente en personajes participantes del capitalismo de consumo.

Uno de los problemas en el mundo actual, es el notorio abismo que se va acrecentando entre las naciones más ricas y las más pobres, y al interior de cada nación. La información y la comunicación, en sociedades tan inequitativas como las nuestras, pueden tecnificarse, pero mientras se mantengan los altísimos niveles de exclusión de gran parte de la sociedad, uno de los campos más fértiles de la tecnificación será el manejo cada vez más modernizado de la pobreza, que responde al afán de lucro de los dueños de la técnica, así como a la racionalidad instrumental de sus operadores.

Hoy, las nuevas tecnologías de comunicación acaban imponiendo sus efectos, provocando la trascendencia de todo centralismo referido al espacio, haciéndolo visible en todas partes. Se ha llegado a la abolición del tiempo para establecer la comunicación, y se tiende a la disolución de la distancia física. Si la percepción del tiempo influencia directamente en la concepción del espacio y, en consecuencia, orienta la organización, se estima que debería producirse entonces una transformación profunda en la manera de concebir el espacio-tiempo.

La sociedad postindustrial, en la concepción de Daniel Bell, aporta el “marco social” para la “sociedad de la información”. Las telecomunicaciones y los ordenadores serán “decisivos para la forma en que se realizan los intercambios sociales y económicos, se crea y obtiene el conocimiento, el carácter del trabajo y la organización de los hombres”.⁴ Sin embargo, no se busca el conocimiento a través de los ordenadores sino la eficacia de los mismos, cuyo camino es desgraciadamente el de una opción meramente mercantilista.

Nuestro mundo propio y local ha sido sustituido por uno solo: “el mundo global”, donde a menudo se confunde lo virtual con lo real y estamos condenados a un mundo de ilusión de la realidad, en el que nuestras relaciones sociales están solo contenidas a través de la imagen. Con ello aparece una doble relación, como en el caso de la pintura: “presencia de objeto-ausencia de sujeto”, donde la presencia de cercanía se evapora en el espacio y la sociedad de los medios de comunicación, característica de la posmodernidad, cambia el mundo de los objetos medidos por la tecnología, por el mundo de las mercancías e imágenes.⁵

Estamos en una sociedad de la comunicación generalizada, que nos lleva a la erosión del “principio de la realidad”.

El espacio de los no lugares, donde se accede al universo aéreo de las redes informáticas, donde todo deja de tener vigencia y donde se instala una lógica diferente de lo social, constituye un mundo que ya no es físico ni local. Es un mundo transfronterizo, donde queda abolida la dimensión *espacial-trayectiva* de los contactos humanos; en el que ya no se convive, solo se coexiste. En él las relaciones y los intercambios se llevan a cabo desde los flujos *deslocalizadores* de la velocidad absoluta, lo cual significa el “des-encuentro” con una tenue identidad meramente representacional⁶, donde la velocidad se impone sobre el tiempo y el espacio; la luz se impone sobre la materia; la energía se impone sobre lo inanimado.

Debido al gran aparato de información y comunicación actuales, el mundo se ha convertido en un gran archivo, donde casi nada termina en el olvido, con gruesos expedientes reducidos hoy a formatos muy pequeños mediante el almacenamiento electrónico o fotográfico, nos posicionan en el mundo de lo innecesario. “Pero esto es una ilusión, porque la dependencia de tal almacenamiento de aparatos de codificadores y lectores crece en proporción inversa a su reducción y ofrece el ‘olvido’ al cabo de pocos años”.

El mundo se ha reducido a nuestros modernos archivos, en los que se han almacenado electrónicamente demasiadas cosas que nadie pensó utilizar jamás.⁷ A través de la informática, el espacio tiempo se reduce a un gran banco de datos. Y si bien la electrónica en los últimos años ha desarrollado increíblemente su uso, lo ha dirigido más al entretenimiento que a la búsqueda del conocimiento.

*Este moderno banco de datos ha provocado el abandono del ejercicio de la memoria; nos ha obligado a sacrificar a Mnemosine y a Lete, diosas de la memoria y del olvido. Ahora, nos dedicamos más a utilizar el internet como navegación cibernética llevada al video-juego, corriendo así el peligro de perder el sentido de la realidad (verdadero-falso, existente-imaginario). ¿Dónde termina la realidad y dónde comienza lo imaginario o dónde termina el sueño para apoderarse de la realidad como en la poesía? Y aunque parece de novela, la próxima vez que golpee el teclado por alguna frustración con su PC, algún día este podrá demandarlo por abuso de autoridad. ¿Sueño utópico o ascenso de las máquinas?*⁸

Este nuevo mundo involucrado en el concepto del espacio-tiempo, la opinión pública o la cosa pública, puede ser variable. Así como con la aparición de la televisión el acto de ver reemplazó al acto de discurrir, hoy la autoridad se convierte en imagen⁹, pero a la vez no puede competir con la versión escrita, ya que las noticias en los periódicos pueden ser innumerables por el factor costo: la televisión global es de 10 a 20 veces mayor de lo que ofrece el periódico¹⁰.

La comunicación global, pues, nos permite estar informados de lo que sucede en cualquier parte del globo (comunidad global) mediante diferentes medios: vía satélite, correo electrónico, cámara digital, etc.; nos permite comunicarnos en forma real con personas inimaginablemente lejanas (unas conocidas y otras jamás vistas de otra forma que no fuera la imagen). Estas relaciones en épocas anteriores jamás existieron ni en el tiempo ni en el espacio, pues ni la imprenta, ni el telégrafo, ni el teléfono, ni la radio o la

televisión, nos permitieron esta nueva percepción de la realidad.

La ciudad posmoderna

En la actualidad, en la ciudad posmoderna, la información y la comunicación permiten insertarnos en el mundo de una red¹¹, de estructura abierta, capaz de expandirse sin límites, que posibilitan asimilarnos a una economía capitalista basada en la innovación, la globalización y la concentración descentralizada¹², lo cual trastoca las relaciones entre el espacio, el tiempo, la información y el territorio. De esta manera, pasamos de un urbanismo tradicional, privilegiado por una territorialidad reticular, a un mundo de conexiones más que de fronteras, de tiempo más que de espacio, lo que nos orienta a realizar nuestra vida cotidiana en un sentido social global. La informática y las telecomunicaciones hacen posible su conexión permanente con el mundo, el acceso ilimitado a la información y a intercambios de todo tipo. Pero a medida que geométricamente aumenta la información, disminuye el nivel de conocimiento reflexivo y crítico. Esto parece contradictorio, puesto que hoy disponemos de más tiempo e información, pero al no hacerla selectiva y encaminada al mundo del progreso, ella contribuye poco al desarrollo del hombre y, por ende, de la sociedad. Este otro mundo ya no es físico ni local, se presenta como un mundo desterritorializado, produciéndose también la desurbanización de la vida urbana. Los contactos humanos, signados por las relaciones y los intercambios, se llevan a cabo desde los flujos deslocalizados de velocidad absoluta, lo cual significa “el des-encuentro” con una tenue identidad meramente representacional: aparece el concepto de lo que en filosofía se denominaría presencia-ausencia.

La nueva sociedad de la comunicación se concibe como la fusión de los conceptos nación y sociedad. Aparece la dependencia de los estados con el sistema político de la sociedad/mundo, más ello no presupone centralización ni bajo la forma de “dominio”, ni bajo la forma de “cultura”, ni bajo la forma de “valores”. Con el ciberespacio (espacio tridimensional, creado virtualmente por un ordenador que transmite información directa hacia y desde nuestros cinco sentidos) se crea una realidad virtual que solo existe en la memoria del procesador y en nuestra imaginación, pero que se puede experimentar en primera persona.

Hoy, es notorio que el tiempo transcurre con mayor velocidad, que el hombre está comprometido con la exigencia: tiempo/

adaptación; de no actuar así, el hombre hasta podría llegar a convertirse en muy corto tiempo, de alguna manera, en obsoleto. Esto significa que las generaciones actuales se ven más marcadas por lo que podríamos llamar la discontinuidad. ¿Qué hacer frente al mensaje?, ¿cómo entenderlo? y ¿cómo superarlo? Antes se hablaba del tiempo extensivo, donde el futuro llegaba al fin de un largo proceso, como es el caso de los edificios de las ciudades modernas, que ahora se destruyen para volverlos a construir. En cambio, hoy el tiempo es intensivo (de pequeña duración).

Gracias a su mando concreto y visible sobre el espacio, la ciudad responde no solo a los fines prácticos de la producción, sino también a la comunicación cotidiana de sus ciudadanos. Desgraciadamente, las elaboradas filosofías políticas del siglo XIX poca o ninguna ayuda nos ofrecen para definir esta nueva tarea, en la medida que solo tienen en cuenta abstracciones legales, como el individuo y el Estado; abstracciones culturales, como la humanidad, la nación y el pueblo; o abstracciones económicas, como la clase capitalista y el proletariado¹³.

En la concepción de Mumford, la ciudad en un sentido completo es un plexo geográfico, una organización económica, un proceso institucional, un teatro de acción social y un símbolo estético de unidad colectiva. Por un lado, es un marco físico para las actividades domésticas y económicas; por el otro, es un escenario dramático para expresar y exteriorizar las acciones significativas y los anhelos más sublimes de la cultura humana¹⁴.

Para Castells, las relaciones de intercambio entre cultura y economía han pasado a primer plano, de manera que la cultura se comercializa cada vez más, así como todo lo concebible, “desde la ley del valor económico hasta el poder estatal”¹⁵. El capitalismo, más que nunca antes, es el fundamento de la sociedad; pues aún dominan sus reconocidas características, como el fetichismo de la mercancía y los aparatos que sirven para producción de la ideología.

Virilio, por su parte, sostiene que los medios expresan una tecnología de la ilusión que induce al individuo a establecer una relación deformada con el mundo y consigo mismo. Si antes, con el descubrimiento y difusión del motor de explosión, la aceleración histórica y técnica afectaba solo el espacio, hoy, con “el motor informático” se afecta también el tiempo, teniendo como resultado una desviación en la relación del hombre con el mundo real. La desmaterialización del espacio y la disolución de la experiencia del tiempo dan lugar a una evasión informática que representa

una verdadera derrota de los hechos. La posibilidad de estar inmerso en mundos diversos se presenta como la anulación de lo real, cuyo sustituto es la cultura virtual, que se caracteriza por la simultaneidad y la atemporalidad. En la sociedad moderna los hechos eran necesariamente secuenciales, en la actual sociedad-red los hechos confluyen y se condensan, produciéndose la instantaneidad o la discontinuidad aleatoria en la secuencia, creándose algo indiferenciado, que es el equivalente a la eternidad.¹⁶

El mundo del consumo se ha apoderado de la metrópoli, mientras lo rural sigue durmiendo en otro espacio-tiempo. La idea de una nueva sociedad basada en el conocimiento podemos decir que hasta hoy fracasó, a pesar de haberse puesto al servicio de los ordenadores y la telecomunicación en este avanzar tecnológico, lo cual ha agudizado las diferencias. La preocupación por la lógica del mercado, que es el placer y la pluralidad de lo efímero y lo discontinuo de una gran cadena del deseo, da lugar a que los individuos parezcan meros efectos fugaces.¹⁷

Ahora se puede afirmar que vivimos en una sociedad urbana y *super* informada, en la que la mayor habilidad no consiste en adquirir información del internet, el cual se encuentra disponible para cualquiera, sino en poder hacer que la información nos conduzca al mundo del conocimiento, para lo cual, entre otras cosas, es necesario eliminar todo aquello que no sea estrictamente necesario; es decir, apelar al arte del olvido y desechar lo innecesario.

El espacio público

La tecnología de la producción y de las comunicaciones en este mundo urbano de la posmodernidad, conduce expansivamente la economía, lo social y lo cultural. El peso de las comunicaciones es tal que cotidianamente soportamos el incesante bombardeo de múltiples mensajes, de manera que el espacio público está ahora en la pantalla (hoy, un nuevo aparato, el *motivac*, especie de caja negra, registra la presencia efectiva de personas delante de la pantalla). El espacio público cede ante la imagen pública, por lo cual se podría decir que las ciudades son un producto del tiempo. *“En la ciudad el tiempo se hace visible: los edificios, los monumentos y las avenidas públicas caen en forma más directa bajo la mirada de muchos hombres. El tiempo desafía al tiempo: las costumbres y los valores sobreviven a las agrupaciones humanas poniendo de relieve el carácter de las generaciones de acuerdo con los diferentes estratos de tiempo”*. Los sistemas sociales

dentro de nuestro mundo actual se vuelven más abarcables, perdiéndose el antiguo concepto del espacio en la medida que navegamos muy rápidamente por distintas realidades. Hoy el tiempo real se impone sobre el espacio real; la imagen se impone sobre el objeto (es decir, el estar presente); lo virtual se impone sobre lo actual y el tiempo intensivo exige una mayor resolución del principio de la realidad. Ello, sin embargo, nos lleva a ubicar espacios donde está la llamada extrema pobreza, en la que llamaríamos espacios vacíos “ausentes de información”. ¿Cómo hacer que a estos espacios vacíos llegue la información? ¿Ese bombardeo de mensajes es posible controlarlo? Este mundo de la tecnología debería permitir la creación de espacios más humanos donde el hombre pueda desarrollarse en plenitud: librerías, salas de espectáculos, parques, lugares de recreación¹⁸. Sin embargo, esto se encuentra restringido a ciertos sectores sociales privilegiados.

En la sociedad de la comunicación generalizada, se produce la erosión del “principio de la realidad”. Jean Baudrillard señala que la guerra del Golfo Pérsico es la guerra que no ha tenido lugar, que puede ser considerada como ejemplo de la primera guerra posmoderna.¹⁹

Baudrillard nos habla también de Sarajevo, aunque no de la realidad “objetiva” de su desgracia, la que no debería existir y que nosotros compadecemos, pero que existe tal cual es: la realidad de una acción y un destino. Los propios bosnios no creen realmente en el infortunio que los rodea, lo consideran irreal, insensato, ininteligible. Es un infierno hiperreal, al que el acoso mediático y humanitario ha vuelto aún más hiperreal, porque hace más incomprensible la actitud del mundo frente a ellos. Se encuentran en la desilusión radical de lo real (y del principio de racionalidad política que nos gobierna y forma parte del principio de realidad europea, el de sobrevivir a lo que carece de sentido)²⁰.

Podemos decir que escribir durante siglos ha sido ordenar el tiempo; por lo tanto, escribir es hacer el constante retorno. Mediante la abolición de la distancia, todo se vuelve indeterminable, incluso en el ámbito físico: la excesiva proximidad del receptor y de la fuente, la excesiva proximidad del acontecimiento y su difusión en tiempo real crea una indeterminabilidad, una virtualidad del acontecimiento que le quita su dimensión histórica y lo sustrae a la memoria. Las tecnologías de lo virtual han producido lo indeterminable, o que sea nuestro universo indeterminable el que suscite a su vez esas tecnologías (lo cual

incluso es indeterminable). Además, se llega a perder el concepto de espacio público, diferente al privado; así, lo público deja de ser un espectáculo y lo privado se convierte en público, de manera que los procesos más íntimos de nuestra vida se convierten en el terreno virtual del que se aprovechan los medios de comunicación. Por lo tanto, hay una contradicción entre lo público y lo privado; no obstante, ello ha permitido –sobre todo últimamente en el aspecto de la política– ubicar hechos deplorables que jamás antes pudieron ser detectados. En el pensamiento liberal clásico “lo privado” se refiere a la sociedad no al retiro de lo personal²¹. Se podría decir que la pérdida de lo público tiene lugar al mismo tiempo que lo privado. Uno deja de ser un espectáculo y el otro un secreto.

A diferencia del cine, en que uno solo observa, hoy, a través de la computadora, uno no solo observa sino, existiendo una comunicación y pudiendo modificarse los relatos, aparece una realidad interactiva en la que todos se convierten en actores, desapareciendo lo que antes existía: la acción y el escenario.²² Aristóteles definió el estudio de la (comunicación) retórica como la búsqueda de “*todos los medios de persuasión que tenemos a nuestro alcance*”. Hoy, la dimensión del tiempo mismo se confunde allí en el tiempo real.

Con el internet tenemos la posibilidad a jugar a preguntas y respuestas; la máquina permite esa experiencia de un mundo interactivo sin final²³; aunque siempre debemos recordar que ese juego será positivo cuando el usuario lo lleve a una adquisición de conocimiento, aunque también es válido compartirlo con otras actividades asociadas con la información y el entretenimiento, de manera dosificada, por supuesto. Lamentablemente, lo usual es que los intereses comprometidos con el saber y el entender desaparezcan en ese juego.

La política, el Estado y el mercado

En el mundo globalizado de hoy, cada vez más, las decisiones políticas son tomadas por los gobiernos en razón al mercado²⁴; y serán cada vez más numerosos los grupos que formularán y tratarán de imponer sus reivindicaciones en la sociedad a través del ordenamiento político.

En cuanto a la previsión tecnológica, ésta es, con respecto a la política, de corto alcance. La “cultura”, por su parte, es un elemento intermedio y de alguna manera determinante, entre la tecnología y la política.

Si realmente estuviéramos en condiciones de explicar las diversidades culturales existentes, también de la misma manera estaríamos en condiciones de poder controlar mejor

las “incertidumbres” de la política. Mientras la “cultura” se internacionaliza y los valores se vuelven cada día más “universales”, ello no lo observamos en el mundo de la política. Podrá insertarse la tecnología y la política en la cultura y, además, todos estamos de acuerdo en que la revolución tecnológica ha ido modificando sucesivamente la estructura ocupacional, lo cual a su vez repercute en la modificación de la estructura social; como consecuencia, podemos decir que también ello se observa en nuestro modo de vivir y de concebir la vida.

Para Sartori, la cultura es el elemento intermedio y en alguna medida determinante, entre la tecnología y la política; de este modo, el mundo de la tecnología se relaciona con la cultura y su gran diversidad²⁵. Por lo tanto, en las nuevas modalidades comerciales –los llamados shopping– debería estar incluido ese valor del impacto cultural y el retorno a la vida comunitaria²⁶.

Daniel Bell, por su parte, observa que mientras “*la cultura se internacionaliza y los valores se vuelven más universales*”, nada semejante parece acontecer en el mundo de la política, donde las diferencias siguen en pie²⁷.

A raíz de los cambios en la relación espacio-tiempo, nuestra concepción de cambio histórico ha sufrido un vuelco importante. Y es que, como se ha modificado nuestro comportamiento social de relaciones, necesariamente tenemos otra manera de concebir no solo la realidad sino nuestra propia vida. Si hoy el tiempo y el espacio se han reducido, ello también exige una mayor aceleración de nuestras obligaciones cotidianas: todo requiere una solución inmediata. (Ahora es inimaginable la respuesta de Miguel Ángel a la pregunta de Julio II, acerca de cuándo terminará de pintar la Capilla Sixtina: “cuando la termine”; como también es inimaginable que alguien dedique casi toda su vida a la ejecución de una sola obra, como el Púlpito de San Blas en el Cusco). El tiempo se ha convertido en un valor agregado y costoso, unido a la producción. Vivimos pues un mundo en aceleración histórica y de comunicación.

Debido a lo rápido de los acontecimientos, el tener conciencia histórica: ¿de dónde venimos, quiénes somos, a dónde vamos?²⁸, tiende a desaparecer. Si la conciencia histórica es la conciencia del cambio, el “era una vez”, “ahora”, “aquí”, “ayer”, “hoy”, nos compromete con una realidad donde las decisiones humanas son inmediatas. Si, como parece ser, el Estado es el resultado de las decisiones humanas, su supervivencia o ruina depende

de dichas decisiones. En respuesta a “¿dónde vamos?” solo existe un presente o “a ninguna parte”⁹. El Estado nacional es cada vez menos una unidad de análisis significativa y los sistemas sociales se hacen más transnacionales. Hemos pasado de la era de la palabra escrita a la de la imagen visual. Así, podemos afirmar que la clase dominante del futuro será la que esté en posesión de un elevado saber basado en la tecnología, mientras que el gran excluido será el carente de ese saber, en la medida que la sociedad-red representa un cambio cualitativo en la experiencia humana y el trabajo pierde su identidad relativa. El tiempo lineal, irreversible, medible, termina ignorado en esta posmodernidad; nos encontramos en un tiempo que nos lleva a mirar el universo eterno, tiempo atemporal que no se ubica en un solo texto sino vaga por el espacio para llevarnos a un presente eterno, apoyado cada vez más por el avance de la tecnología.

El Estado, concebido por algunos pensadores como una realidad identificable en unas relaciones sociales que ocurren en un territorio limitado y permanente, y que pone de manifiesto la existencia de un poder que consiste en la facultad suprema y exclusiva de crear, aplicar y definir el derecho como propósito de favorecer la continuidad normal de esas relaciones y la satisfacción de las necesidades de las personas, está en la obligación de adecuarse a los cambios de la vida social, provocados principalmente por las nuevas relaciones de producción y la tecnología de las comunicaciones.

Pero estos cambios no debieran alterar los valores humanos que, al menos por ahora, se mantienen vigentes: derecho y respeto a la vida y a la seguridad de la persona; derecho a un juicio justo y acceso a la justicia; respeto a la vida privada y familiar; libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; garantía de goce

pacífico de las posesiones; acceso a la educación. A partir del respeto a estos valores esenciales de la vida humana, el Estado, adecuándose a los cambios de la sociedad actual, sí deberá replantear el uso de los mecanismos de interrelación con la sociedad, como por ejemplo el uso y difusión de los símbolos de poder, que, por ejemplo, durante siglos se ha manifestado en los espacios públicos. A través de éstos el Estado ha proyectado su ideología, su filosofía social y ha evidenciado e impuesto su presencia a los ciudadanos; ahora, como las concepciones de espacio-tiempo se están modificando, y dispone de recursos más eficaces para llegar a la población, como son los nuevos medios de comunicación, tal vez deje de interesarse en hacer tangibles sus propósitos en los espacios públicos y estos se destinen a otros fines, quizás exclusivamente para la socialización y la recreación. ■

Notas

- VATIMO, Gianni, *El fin de la modernidad, nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1998, p. 35.
- LYOTARD, Jean-Francois, *La condición postmoderna*, Editorial Cátedra, Madrid, 1987, pp. 16-17.
- LASH, Scott, *Sociología posmoderna*, Amarrortu Editores, Buenos Aires, 1990, p. 51.
- LYON, David, *Posmodernidad*, Madrid: Alianza Editorial S.A., 1994, p. 73.
- Ibidem, p. 93.
- VIDAL JIMENEZ, Rafael, *La red y la destrucción de la identidad*, Nº 17 Espéculo (UCM), <http://www.ucm.es/info/especulo/numero17/vidal.html>.
- WEINRICH, Harold, *Leteo. Arte y crítica del olvido*, Madrid: Ciruela S.A., 1999, pp. 343, 344.
- Diario *El Comercio, Vida & Futuro*, b/11, Lima, 22-12-2006.
- SARTORI, Giovanni, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Madrid: Taurus, 1998, p. 12.
- Ibidem, p. 118.
- CASTELLS, Manuel, *La era de la información, la sociedad red*, Volumen I, México: Siglo XXI, 2005, pp. 506, 507.
- GARCIA CANCLINI, Néstor, *La globalización imaginada*, Editorial Paidós, Argentina, 2001, p.170.
- MUMFORD, Lewis, *La cultura de las ciudades*, Buenos Aires: Emecé, 1959, pp. 21, 22.
- Ibidem, pp. 600, 601.
- CASTELLS, op. cit., pp.506,507.
- VIRILIO, Paul, *La máquina de visión*, Madrid: Cátedra, Signo e Imagen, 1990, pp. 77, 78, 79.
- EAGLETON, Ferry, *Las ilusiones del posmodernismo*, Buenos Aires: Paidós, 1998, p. 194.
- Ibidem, p. 173.
- BAUDRILLARD, Jean, *Pantalla total*, Barcelona: Anagrama S.A., 2000, p. 57.
- Ibidem, pp. 60, 61, 62.
- WYMLICKA, Will, *Filosofía política contemporánea, una introducción*, Barcelona: Ariel, 1995, p. 282.
- BAUDRILLARD, op cit, p. 204.
- Ibidem, p. 206.
- SARTORI, Giovanni, *La política, lógica y método en la ciencias sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 320.
- SARTORI, Giovanni, op cit, pp. 320, 321
- VON BEYME, Klaus, *Teoría política del siglo XX, de la Modernidad a la Postmodernidad*, Alianza Editorial S.A, Madrid, 1994, p. 155.
- SARTORI, Giovanni, *La política, lógica y método en las ciencias sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, pp. 320. 321.
- HELLER, Agnes, *Teoría de la historia*, Barcelona, Fontana, 1982, p. 14.
- Ibidem, p. 20.